

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del H. Bernat Juliol, monje de Montserrat
20 de agosto de 2017
Is 56,1.6-7; Rom 11,13-15.29-32; Mt 15,21-28

Queridos hermanos y hermanas:

Habitualmente las homilías empiezan comentando las lecturas que han sido leídas inmediatamente antes. Hoy, sin embargo, nos centraremos en el *Credo* que proclamaremos dentro de unos instantes. Hay quien dice que la sabiduría litúrgica ha colocado el *Símbolo* de la fe justo después de la homilía para evitar que alguien pierda la fe debido al predicador. Deseo de corazón que este no sea el caso de hoy.

El primer elemento que destacaremos nos lo proporciona el mismo nombre de «*Símbolo*», que es una de las maneras que tenemos de llamar al *Credo*. El origen de este nombre proviene de unas tablillas de arcilla que voluntariamente eran rotas. Después los diversos trozos se repartían entre dos o más personas y servían para poderse reconocer entre ellos. Cuando se encontraban, ponían juntas las diferentes piezas y, si estas encajaban, sabían que estaban ante la persona correcta. Era una especie de contraseña identificativa.

Nuestro *Símbolo* de la fe tiene la misma finalidad. Cuando todos juntos en la asamblea lo proclamamos ante Dios y ante nuestros hermanos y hermanas, nos reconocemos mutuamente como cristianos. Cuando, pues, decimos en voz alta los artículos fundamentales de nuestra fe, nos unimos en la comunión de sabernos hijos de un mismo Padre en Jesucristo. No es pues de extrañar que el *Credo* encuentre su lugar litúrgico privilegiado en la celebración Eucarística, sacramento por excelencia de la comunión y de la unidad.

Un segundo elemento a destacar hace referencia concreta al *Credo* que rezaremos hoy en Montserrat. En algunos lugares se reza el llamado *Credo* de los Apóstoles, que a veces también decimos que es «el corto». Nosotros proclamaremos el *Credo* «largo», que fue elaborado en los Concilios de Nicea, en el año 325, y de Constantinopla, el 381. Estamos, por tanto, ante un texto antiquísimo de las iglesias cristianas. El motivo principal que llevó a estos concilios a hacer este *Credo* fue que había mucha gente que negaba la divinidad de Jesucristo diciendo que no era igual al Padre en poder y en majestad. Por este motivo se hicieron afirmaciones como la de que Jesucristo es «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero».

El *Símbolo* nos indica cuál es pues el centro de nuestra fe: Jesucristo, el Señor. Como cristianos somos los que seguimos las huellas de Cristo, el Verbo eterno del Padre que, llegada la plenitud de los tiempos, se haga un hombre como nosotros; que pasó por este mundo haciendo el bien, que predicó el Reino de Dios y obró milagros con su poder divino; que padeció, fue crucificado y resucitó al tercer día para abrir de nuevo las puertas del Paraíso y darnos la vida eterna. Sin Cristo Señor nuestra fe no tendría ningún tipo de sentido, nuestra esperanza habría desaparecido.

La tercera y última enseñanza, de las muchas que podríamos extraer, es lo que hicieron los padres conciliares para redactar el *Símbolo*: pensaron, pensaron la fe. Podría parecer una obviedad pero no es así. Estamos precisamente ante un momento histórico decisivo para los siglos posteriores. Aquellos hombres, reunidos para decir que Cristo era el verdadero Hijo de Dios, tuvieron que pensar y aplicar la razón humana al servicio de la fe. Es así como unieron la fe de la Sagrada Escritura y la razón de la filosofía, que dio como resultado la expresión: «de la misma naturaleza del Padre». Los debates fueron tan grandes y apasionantes que dicen que incluso los

tenderos del mercado discutían sobre la igualdad de naturaleza del Padre y del Hijo en el seno de la Trinidad.

Nos enseñaron así que la fe y la razón deben caminar juntas. No son dos cosas contrapuestas sino que, al contrario, la razón nos ayuda a comprender nuestra fe y, a su vez, la fe eleva la razón hasta el máximo de sus capacidades. Si la razón se olvida de la fe, se corre el peligro de la deshumanización, de la tiranía. Si la fe se olvida de la razón, el peligro es el fanatismo, la violencia en nombre de Dios. Esta semana hemos vivido las dramáticas consecuencias en Barcelona. Como dijo el Papa Benedicto XVI, la violencia, que es contraria a la razón, nunca puede caminar junto con la fe. ¡Atrevámonos, pues, a pensar nuestra fe!

Queridos hermanos y hermanas, cuando la mujer cananea de que nos habla el Evangelio se acercó a Jesús y le suplicó por su hija, había comprendido que la fe nos muestra el Dios del amor y de la misericordia, de la ternura y de la bondad, de la paz y de la fraternidad, de la esperanza y de la libertad. Es por ello que desde nuestra fe podemos decir: «no tengo miedo».